

Hombres de prensa: el staff del diario La Prensa durante Hombres de prensa: el staff del diario La Prensa durante.

Bressan Raquel Valeria.

Cita:

Bressan Raquel Valeria (2011). *Hombres de prensa: el staff del diario La Prensa durante Hombres de prensa: el staff del diario La Prensa durante. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/447>

XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Universidad Nacional de Catamarca

Mesa temática 71:

Historia, Medios y Sociedad. Argentina desde fines de siglo XIX hasta la actualidad

Coordinadoras: Juárez Laura y Rey Ana Lía

Título de la ponencia: “Hombres de prensa: el staff del diario *La Prensa* durante su primera década (1869-1880)”

Autora: Bressan Raquel Valeria

Pertenencia Institucional: Universidad Nacional de General Sarmiento/ FONCyT

Documento de Identidad: D.N.I. 26740994

Correo electrónico: bressanrv@gmail.com ybressan@ungs.edu.ar

Se acepta la publicación de la siguiente ponencia en el CD de las Jornadas.

I. Introducción

Durante los últimos años los estudios vinculados a la prensa argentina se incrementaron notablemente no sólo en número, sino que la diversidad de temáticas abordadas nos ofrecen una mirada mucho más rica sobre este ámbito. En líneas generales, la orientación de las investigaciones se trasladó de un inicial registro del título de las publicaciones, fecha de aparición y cesación, formato, ejemplares que componían cada colección, nombre de los redactores y observaciones de noticias destacadas hacia un análisis de la vinculación entre prensa y política; la inserción de la literatura a través de los periódicos; la profesionalización del escritor y la formación del público lector.

De esta forma las publicaciones periódicas dejaron de ser consideradas como elementos aislados para ser analizados dentro del contexto de las sociedades que los producían y consumían, evidenciando las influencias recíprocas entre unos y otras y enriqueciendo las respuestas obtenidas acerca de este bien cultural.

La presente ponencia centra su interés en aquellos hombres que eran responsables de la elaboración de estas publicaciones en un momento en que la figura del periodista profesional se hallaba en gestación. Lo cual lleva a interrogarnos sobre

qué significaba ser escritor de una publicación porteña de la segunda mitad del siglo XIX y cuáles eran los requisitos necesarios para ingresar en el mundo periodístico y ser reconocido en este ámbito. Al referirse al periodismo desarrollado en 1878, Navarro Viola expresaba que “en el ambiente agitado de esa época-puede afirmarse- no había un solo hombre notable que no fuese periodista.”¹ En verdad, los diarios más trascendentes del siglo XIX han sido identificados inmediatamente con el nombre de una personalidad del período, que bien podía ser el dueño o un redactor sobresaliente. Así se han referido a *La Prensa* como el diario de Paz, *La Nación* de Mitre, *La Tribuna* de Varela, *El Nacional* de Vélez Sarfield o *La República* de Bilbao.

Sin embargo, la equivalencia entre “periodista” y “notable” señalada por Navarro Viola no reflejaba la participación de diversas figuras de activa participación en el periodismo porteño, a los cuales no era aplicable la connotación de “notable”. En este sentido, el mismo significado de la palabra periodista se difuminaba en los personajes concretos que representaron este papel y que ejercieron su actividad pública bajo ese nombre. Por lo tanto, las respuestas a los interrogantes planteados al principio variaban detrás de los fines perseguidos y características personales de aquellos que participaron con sus escritos en el mundo periodístico.

El propósito de esta ponencia ha sido trazar un mapa que de cuenta de cuales eran las relaciones y las cualidades que portaban aquellas figuras que eran considerados hombres de prensa. Asimismo, en la segunda parte se reconstruye el staff del diario *La Prensa*, desarrollando la especificidad de sus miembros y su accionar en el periódico, como también las similitudes y diferencias que compartieron con los hombres de prensa en general.

Consideramos que este tipo de reconstrucción permite, aunque en forma aproximativa, agregar nuevas coordenadas al mapa del mundo periodístico, dando cuenta de algunas de las particularidades sobre los hombres de prensa del siglo XIX, como también de los intercambios y relaciones que entre ellos mismos se establecieron como integrantes de un medio de difusión que se estaba reconfigurando y en el cual, los límites y reglas no eran ni homogéneos ni precisos.

¹ Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa argentina*, Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni e hijos, 1897, p. 5.

II. Los hombres de prensa

El principal objetivo de una parte de los que transitaron en la redacción de un diario se centró en obtener una presencia en el ámbito público y un nombre reconocido en el espacio literario. Para otros, en cambio, escribir en los diarios era el principal fin al que aspiraban; algunos buscaron ver en esas páginas impresas los frutos de una actividad más, realizada en las horas de esparcimiento, mientras que algunos hallaron en ella el medio para su sustento.

La diversidad de trayectos posibles, al abordar los objetivos de los hombres que recorrieron el camino del diarismo, deben ser entendidos dentro del contexto cultural en el cual se desarrollaba el mundo impreso y los cambios que paulatinamente se generaron en él. El espacio periodístico no era una entidad autónoma sino que su propia dinámica se hallaba inscrita en una etapa donde no existía aún, en palabras de Julio Ramos, “el desarrollo de una esfera discursiva específicamente política” ligada a la administración y legitimación estatal, como tampoco existía “una esfera discursiva específicamente literaria” y, en nuestro caso podríamos agregar, tampoco “una esfera discursiva específicamente periodística”. Todo formaban parte del saber relativamente indiferenciado de “la república de las letras”, donde la autoridad del discurso era otorgada por la elocuencia.²

En líneas generales, el periodismo constituía el lugar donde se debatía la racionalidad, la ilustración y la cultura, por lo tanto, un miembro de la cultura letrada podía incursionar con éxito en la actividad literaria o política tanto como la periodística. Asimismo, considerados como un “dispositivo pedagógico” fundamental para la formación de la ciudadanía, los diarios se convirtieron en el principal vehículo con el cual era plasmada la intervención en la vida pública.³

Ahora bien, la intervención pública desde un periódico no garantizaba el éxito ni político, ni periodístico ni literario. Fueron múltiples los caminos seguidos para ingresar a la arena periodística y los resultados obtenidos de ella. La trayectoria de distintos personajes que incursionaron en la prensa porteña nos permitirá comprender los lineamientos que regían este mundo.

² Ver Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 35-49.

³ Ver Hilda Sabato, “La vida pública en Buenos Aires”, en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, pp. 188-191.

En muchos casos, “redactor” y “propietario” de un diario tenían el mismo significado. A su vez, los itinerarios recorridos para convertirse en fundador de un periódico no siempre eran similares. Las trayectorias de los dueños de los reconocidos periódicos *La Nación*, *La Tribuna* y *El Mosquito*, ilustran la diversidad de perfiles de los hombres de prensa.

Bartolomé Mitre ha representado la figura del hombre de prensa consolidado que logró el máximo triunfo en los dos aspectos de su carrera: primer presidente de la nación y fundador de uno de los diarios más importantes del país. Inició su labor en la prensa a los dieciséis años en Montevideo, redactando la sección literaria para *El Diario de la Tarde*, dirigido por Andrés Lamas. A partir de ese momento creció su participación en los distintos diarios uruguayos como *El Talismán*, *El Tirteo* y *El Comercio del Plata*, hasta que en sociedad con Andrés Lamas fundó en 1846 su propio diario, *La Nueva Era*. Las campañas políticas sostenidas desde sus páginas provocaron los consecutivos destierros en Uruguay, Bolivia y Chile, donde continuó su tarea en la prensa de estos países hasta el retorno a Buenos Aires luego de la derrota de Rosas. Cuando en 1852, creó *Los Debates*, contaba con el grado de coronel del ejército otorgado por Justo José de Urquiza, tras su actuación en la batalla de Caseros y una extensa experiencia periodística forjada en sus años de exilio.⁴

La carrera de Mitre fue una trayectoria ascendente, en la cual las incursiones periodísticas se labran con crecientes contactos y paralelamente cargos oficiales, otorgándole un perfil público que lo coloca en el centro de la vida política. En 1870, cuando transformó a *La Nación Argentina* en *La Nación*, ya era un hombre de prensa consolidado, que hábilmente volcaba su prestigio y experiencia personal en el diario, transformándolo en uno de los más importantes del país durante el siglo XIX.

Héctor Varela encarna un perfil de hombre de prensa diferente. Su ingreso al mundo periodístico se inició directamente con la propiedad, junto con su hermano Mariano, de *La Tribuna*. Ambos lograron asegurar el éxito de su diario en base a las fraternidades políticas imperantes en la época. Mariano y Héctor tuvieron a su favor ser considerados los hijos del mártir de periodismo antirrosista en el exilio, Florencio Varela. Por lo tanto, no sólo contaban con el beneplácito de la sociedad porteña, sino

⁴ Sobre la trayectoria periodística de Bartolomé Mitre ver Adolfo Mitre, *Mitre periodista*, Buenos Aires, Institución Mitre, 1943; *La Nación. Edición Especial del 75 Aniversario*, 4 de enero de 1945, pp. 5-7 y Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico argentino*, vol. 4, Buenos Aires, Elche, 1975, pp. 521-522.

que el nombre legado por el padre otorgaba también un capital simbólico que se traducía en contactos y bienes materiales cuando estos decidieron fundar su diario. Al morir Florencio Varela el Estado se hizo cargo de la educación de sus hijos y Mariano y Héctor recibieron como parte de estos beneficios la concesión oficial de la Imprenta del Gobierno, que incluía el derecho a publicar la información oficial. Fue en esa imprenta donde los hermanos fundaron *La Tribuna* en 1853.

El diario logró tener gran repercusión y sus secciones más populares fueron las correspondencias enviadas por Héctor durante sus viajes a Europa y sus notas redactadas en “Hechos locales”. A pesar de este éxito, en 1871 decidió vender a Mariano su parte e irse a vivir a Europa. Allí intentó desarrollar distintas publicaciones, las cuales resultaron todas en fracaso: *El Americano* en París y *La Italia* y *El Plata* en Turín.

De regreso en Buenos Aires, fundó dos nuevos diarios durante la presidencia de Avellaneda, *El Tribuno*, de vida efímera, y *El Porteño*, que si bien obtuvo mejor suerte que el primero, no alcanzó el éxito cosechado por *La Tribuna*. De esta manera, la carrera periodística de Héctor Varela estuvo signada por una cadena de altibajos, en la cual no logró capitalizar sus triunfos ni en el ámbito político ni en el periodístico, constituyéndose su reconocimiento esencialmente en base a sus excentricidades.⁵

El mundo impreso abrió sus páginas también a los escritores extranjeros, entre ellos, uno de los más renombrados por su labor en *El Mosquito* fue Henry Stein. A sus 22 años, había llegado desde su París natal para dedicarse a la agricultura y luego a la apicultura. El fracaso con sus colmenares lo hizo recurrir a la artesanía aprendida por su padre, la ebanistería. Trabajó en ella y como ayuda económica dio algunas lecciones de dibujo elemental, que dominaba por oficio. Las circunstancias hicieron que gracias a estas clases conociera a Luciano Choquet, quien se disponía a hacerse cargo de la publicación humorística.

En 1868 ingresó en la redacción del diario como dibujante oficial. Sus dibujos registraron los principales acontecimientos de la vida del país: la guerra contra el Paraguay, la epidemia de fiebre amarilla, la revolución mitrista de 1874, la revolución de Tejedor, la Campaña del Desierto, la Revolución de la Unión Cívica, las sucesivas

⁵ Sobre la trayectoria periodística de Héctor Varela ver Héctor Viacava, “Héctor Varela: el porteño irresponsable”, en *Todo es Historia*, núm. 222, Buenos Aires, octubre de 1982, pp. 9-23; Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985, pp. 159-160, y Claudia Román, “Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas”, en Julio Schwartzman (comp.), *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, tomo II, Buenos Aires, 2003, pp. 473-474.

crisis de todos los gobiernos. En 1872 se hizo cargo de la dirección y en 1875 adquirió el diario, cosechando innumerables éxitos hasta que en 1893 decidió venderlo a una sociedad anónima y quedó a cargo sólo de las caricaturas y la administración.⁶

Las tres trayectorias descritas resultan representativas de la diversidad de perfiles posibles que se hallaban detrás de los hombres de prensa, cuyos artículos o caricaturas se centraban en la actividad política. Figuras como Varela y Mitre, quienes buscaron en la prensa una forma de intervenir en la política y destacarse públicamente, no encontraron en este espacio similares resultados. Mientras que el primero no pudo trasladar la popularidad obtenida con *La Tribuna* al terreno de la puja partidaria, Mitre halló en los periódicos la forma de difundir y defender sus ideas políticas que lo llevaron a encumbrarse como cabeza de su partido y luego ganar la presidencia. A su vez, fue el rédito político, el que permitió inicialmente el éxito de *La Nación*.

Desde un perfil diferente, Henry Stein, ingresó al periodismo como una forma de subsistencia y obtuvo una enorme popularidad con sus caricaturas publicadas en *El Mosquito*, sin embargo, a diferencia de los personajes anteriores, la actividad en el periodismo no fue intercalada con acciones políticas, sino que este éxito fue utilizado para mantenerse y ascender en el mundo impreso, consagrando su triunfo en la longevidad del semanario.

Caminos distintos fueron los recorridos por aquellos que encontraron en el diario el espacio para desarrollar la literatura. Los artículos literarios, expresaba Jorge Navarro Viola, eran un factor nada despreciable, en una época en que se publicaban escasos libros, por lo tanto, el diario era “el gran vehículo, el centro de reunión y como la academia de literatura hispano-americana; por él y en él vive y se manifiesta, a él confía sus obras y por él adquiere la notoriedad que le permite apoderarse del público al presentársele bajo la forma de libros.”⁷

Este registro realizado por un escritor contemporáneo, daba cuenta de las condiciones de difusión a la que estaba sometida toda obra. En un momento en el cual el mercado editorial no se había consolidado, el público lector se hallaba en proceso de formación y el apoyo estatal a la actividad literaria era prácticamente inexistente, la prensa no era una opción más, sino el principal medio para la difusión de las obras. Por

⁶ Sobre Henry Stein ver Mónica Ogando, “*El Mosquito*” en *Historias de Revistas Argentinas*, tomo IV, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1997, pp. 54-83.

⁷ Emilio Daireux, citado en Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa Argentina...*, *Op. cit.*, p. 6.

fuera de ella, era el propio autor el que debía financiar su publicación, recurriendo para ello a su propio patrimonio y a la suscripción de amigos y conocidos.⁸

Por este motivo, gran parte de los reconocidos escritores del siglo XIX, iniciaron su carrera literaria en los diarios, donde no sólo hallaron el espacio para desarrollar su pasión, sino también un medio de subsistencia.

Martín García Meróu, por ejemplo, ingresó a la redacción de *La Nación* en su adolescencia, mientras cursaba sus estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Con quince años realizaba las pruebas de corrección del diario junto a Casimiro Prieto y luego ascendió a redactor de folletines, firmados con el seudónimo de Juan Santos. En *Recuerdos literarios* indicó como esa labor en compañía de Adolfo Mitre y Benigno Lugones, bajo la supervisión de Bartolomé Mitre, fortaleció la tendencia latente que lo impulsaba a la literatura.⁹ Graduado en la carrera de abogacía de la Universidad de Buenos Aires, se incorporó muy temprano en la carrera diplomática: fue Ministro Plenipotenciario ante varios gobiernos americanos y, durante la segunda presidencia de Julio Argentino Roca, ocupó la dirección del Ministerio de Agricultura, cargo que abandonó para integrar la delegación diplomática en Berlín.

No obstante, no abandonó su pasión literaria, la cual volcó en numerosas obras, entre las cuales se hallaban: *Estudios Literarios* (1884), *Libros y Autores* (1886), *Juan Bautista Alberdi* (1890), *Recuerdos literarios* (1891), *Confidencias Literarias* (1894) *Ensayo sobre Echeverría* (1894) y *El Brasil intelectual* (1890). Tampoco dejó de participar en la prensa, donde escribió varios artículos y críticas literarias y también publicó en forma de folletín su novela *Ley social*.¹⁰

En las páginas de *La Nación* también inició su carrera periodística Benigno Baldomero Lugones. Estudiante de medicina, debió abandonar la carrera a causa de problemas familiares, e ingresó al departamento de policía. Este empleo constituía el único sostén con el que contaban su madre y su hermana. Tiempo después fue ascendido a oficial escribiente y su función policial le permitió tomar contacto con un submundo que reflejó en sus escritos literarios.

En 1879, con veintidós años de edad, publicó en *La Nación* sus dos primeros artículos: “Los beduinos urbanos” y “Los caballeros de la industria”. La difusión de

⁸ Alejandro Eujanián, “La cultura: público, autores y escritores”, en Marta Bonaudo, *Liberalismo, estado y orden burgués. 1852-1880...*, *Op. cit.*, p. 570.

⁹ Martín García-Meróu, *Recuerdos literarios*, Buenos Aires, La cultura argentina, 1915, pp. 28-29.

¹⁰ Ricardo Monner Sans, “Introducción”, en Martín García Meróu, *Recuerdos literarios...*, *Op. cit.*, p. 1

estos artículos provocaron su expulsión de la policía, y de esta manera, el diario se convirtió en su única fuente de ingresos, hasta su temprana muerte en marzo de 1885.¹¹

Los múltiples itinerarios de aquellos hombres que participaron en la prensa porteña no se agotan en los ejemplos aquí escogidos. Pero ellos sí constituyen ejemplos representativos de las posibles dinámicas al interior de un periodismo que se hallaba en proceso de construcción, por lo cual las publicaciones periódicas eran un lugar prolífico donde distintos personajes desarrollaron con o sin éxito sus potencialidades particulares. Por lo tanto, en este medio podían convivir escritores de distintos orígenes sociales, con perspectivas y objetivos también diferentes.

La apertura de la prensa no implicó, sin embargo, una convivencia libre de tensiones. No todos los escritores y los nuevos géneros fueron aceptados simplemente por el hecho de que sus obras aparecieran impresas. Los miembros de la élite letrada llamaron la atención sobre los cambios operados en este ámbito. En las páginas de los diarios también se registró las críticas efectuadas sobre un amplio abanico de elementos que eran inherentes a la vida de las publicaciones, desde la consideración peyorativa del público que leía la prensa, estimado incapaz de incorporar los altos valores de la cultura, hasta la reprobación a los nuevos géneros y autores que se incorporaban, tanto como a la incapacidad de los directores de guiar adecuadamente la producción de los impresos.¹²

III. El *staff*

En líneas generales, las descripciones sobre los integrantes de los periódicos enfocaron su interés principalmente en las personalidades destacadas que tuvieron a cargo la dirección o la redacción de los mismos. Por este motivo, muchas veces la heterogeneidad de los equipos periodísticos que se hallaban conformados por el director, el editor, los redactores, corresponsales, noticieros, colaboradores y personal técnico dedicado a la impresión, ha pasado desapercibida.

En este sentido, el objetivo de la recuperación de este universo ha sido ir más allá de la mención de los nombres, para establecer cuales eran las características que

¹¹ Sobre Benigno Baldomero Lugones ver Martín García-Meróu, *Recuerdos literarios...*, *Op. cit.*, pp. 169-170 y Miguel Ángel Lafuente, "Benigno Baldomero Lugones", en *Boletín de la Academia Porteña del Lunfardo*, núm. 8, Buenos Aires, 1971.

¹² Sobre las críticas en torno de las publicaciones periódicas ver Paula Bruno, "Lecturas de Miguel Cané sobre la función de la prensa en las sociedades modernas", en *Cuadernos Americanos*, núm. 123, 2008.

nuclearon a los hombres a *La Prensa*, qué dirección imprimieron al diario, como así también, qué significó su labor en el diario para su trayectoria profesional.

En los inicios de *La Prensa*, José C. Paz estuvo acompañado por los compañeros que habían formado parte del semanario *El Inválido Argentino*: Cosme Mariño, Carlos Pellegrini, José A. Terry y Delfín Gallo. A ellos se sumaron, Onésimo Leguizamón durante el trienio de 1870 a 1873 y Adolfo Dávila desde 1877 hasta 1889, ambos en el cargo de redactor en jefe. Estanislao Zeballos, el más joven de ellos, se inició como noticiero en 1870 y ocupó la dirección durante seis años a partir de 1874. Todos participaron de la redacción de la sección central, el editorial, en el cual desarrollaron ampliamente temáticas vinculadas con sus intereses intelectuales o políticos. A ellos se añadían colaboradores ocasionales, como José María Ramos Mejía, quien durante los años 1872 y 1873, escribió numerosos artículos sobre la reforma universitaria.¹³

Junto a este grupo principal se hallaban los corresponsales y repórters, entre los primeros hemos podido identificar a Ezequiel Cueto y Victoriano Carriás, los únicos que firmaban sus artículos remitiendo informaciones del exterior mediante correspondencia o telegramas, desde Montevideo uno y Europa el otro. Gracias a una nota sobre sus repórters, sabemos que el diario contaba con un grupo significativo en la redacción de noticias locales. El mismo estaba conformado por Jorge Argerich, Ventura Linch (hijo), Alejandro Calco, Antonio Pardo, Alejandro Baluende, Germán Goitia, Severio Romero, Arturo Massani, Egberto Sotomayor y Miguel Silva.¹⁴

Por último, los escritores de las gacetillas se presentan como las figuras más difíciles de distinguir, registrados siempre bajo seudónimos como Marcos y Sans de Muñoz, o simplemente con iniciales como E.B.M., N. y P.A.¹⁵

Por otra parte, el grupo encargado de los aspectos técnicos y administrativos incluía nombres que no pertenecían a las figuras preeminentes de la política, las letras o ciencia, por lo cual sólo poseemos indicio de su existencia y función por estar consignada en el diario. Jorge E. Cook, el primer editor, fue miembro activo de la “Sociedad Tipográfica Bonaerense”, en ella se desempeñó sucesivamente como vocal y tesorero, como así también como redactor de la publicación de los *Anales de la*

¹³ Sobre la reforma universitaria durante la década de 1870 ver Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Buenos Aires, 1962, pp. 78-83.

¹⁴ Ver *La Prensa*, “Los corresponsales de La Prensa”, 3 de diciembre de 1877.

¹⁵ Mariano Tesler ha escrito un valioso diccionario de seudónimos porteños, sin embargo ninguno de los utilizados en *La Prensa* se hallan en él, por lo cual consideramos probable que estos escritores no hayan trascendido en el universo cultural del período. Ver Mariano Tesler, *Autores y seudónimos porteños*, Buenos Aires, Editorial Dunken, 2007.

Sociedad Tipográfica Bonaerense, junto a figuras reconocidas del ambiente de la impresión como Benito Hortelano y Pablo Coni.¹⁶ Esta asociación reunía a trabajadores de los diferentes oficios relacionados con la producción y venta de materiales impresos, los cuales tenían acceso a información política y cultural, tanto nacional como extranjera, como asimismo contactos en los distintos sectores de la sociedad porteña.¹⁷

Los que precedieron a Cook en la labor de edición fueron José Alegre durante 1870; Isidro T. Soriano en 1871 y José O. Silva desde 1872 hasta 1879. La administración estuvo a cargo de Ezequiel Cueto en los primeros meses y luego fue ejercida por Miguel Silva, quien se ocupó de los aspectos económicos del periódico hasta su muerte.¹⁸

Como podemos observar, *La Prensa*, distaba de ser una empresa unipersonal. Si bien su personal era reducido, resulta significativa la heterogeneidad de sus integrantes, entre los cuales se hallaban tanto personalidades que se tornaron preeminentes en el ámbito político o intelectual del período; personajes que privilegiaron su actividad dentro del diario y fueron constantemente destacados por el mismo, hasta aquellas figuras que permanecieron anónimas o escasamente conocidas en su labor dentro y fuera del periodismo.

La composición del staff de *La Prensa*, por lo tanto da cuenta de cierta apertura existente en el ámbito periodístico, el cual integraba en el mismo espacio de trabajo a diferentes personalidades. Esto no significa que no existiesen jerarquías dentro de éste, pero sí la ausencia de requisitos fijos y cerrados para pertenecer al mismo.

Asimismo, los hombres de prensa eran quienes construían los rasgos característicos de un diario. Sobre sus conocimientos e intereses se desarrollaron los

¹⁶ Ver *Anales de la Sociedad Tipográfica Bonaerense*, Año I, agosto de 1870. Sobre las trayectorias de Benito Hortelano y Pablo Coni ver: Stella Maris Fernández, *Benito Hortelano, tipógrafo, periodista, editor y librero*, Buenos Aires, Sociedad de Investigaciones Bibliotecológicas, 2002, especialmente pp. 13-33 y Alejandro Eujanián, “La cultura: público, autores y escritores”, en Marta Bonaudo *Liberalismo, Estado y Orden Burgués*, *Op. cit.*, pp. 548-558.

¹⁷ El primer presidente de la asociación fue Mariano Varela y entre los miembros honorarios figuraban notables personajes de la vida pública como Mitre, Sarmiento, Cané y Mármol. Sobre la “Sociedad Tipográfica Bonaerense” ver Hilda Sabato, *La Política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2004, pp. 61-63 y “El fervor asociativo. 1860-1890”, en Roberto Distéfano, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero y José Luis Romero, *De las cofradías a las instituciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina. 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis, 2002, pp. 101-122.

¹⁸ Llama la atención que ninguno de ellos tampoco sean mencionados en las ediciones aniversario del diario, ni siquiera Miguel Silva, quien estuvo prácticamente desde los inicios del diario hasta su muerte desempeñando el cargo de administrador, según informa Arrieta. Ver Rafael Arrieta, “El Fundador de *La Prensa*” en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Buenos Aires, Instituto Popular de Conferencias, 1943, p. 15.

tópicos de las distintas ediciones y fueron los responsables de introducir los cambios que modificaron el mundo periodístico porteño.

Sin embargo, una primer mirada sobre los hombres de prensa como un conjunto, se presenta por momentos como inasible, debido a la imprecisión del ámbito periodístico del siglo XIX. Por este motivo, un análisis sobre las características en común y los elementos que marcaron su tránsito en el diario, nos permitirá trazar un panorama sobre las cualidades y dinámicas que se desarrollaban en un espacio significativo de la vida cultural y política de la segunda mitad del siglo XIX.

III. a. Ámbitos de sociabilidad en los inicios de *La Prensa*

Los hombres de *La Prensa* transitaron por ámbitos de sociabilidad compartidos por gran parte de ellos como el Colegio Nacional de Buenos Aires, la Facultad de Derecho, la “Asociación Protectora de Inválidos” y “El Círculo Literario”, donde se generaron los vínculos que posteriormente determinaron su participación en el diario.

“El señor Paz habíase rodeado de estudiantes y jóvenes graduados”, establecía Rafael Arrieta al recordar los inicios de *La Prensa*.¹⁹ La preeminencia de la Facultad de Derecho, en las trayectorias del personal estable del diario, ubicaba a ésta en un lugar central, en el cual se articularon los lazos de camaradería y amistad, como así también conocimiento de las habilidades intelectuales e inclinaciones políticas, a las cuales recurriría José C. Paz durante la primera década de su periódico. Los integrantes de esta primera etapa, se formaron profesionalmente en esta institución, de la cual aún eran estudiantes o recientes graduados, cuando alternaban sus múltiples actividades con la labor periodística.

Sin embargo, esto no significó una uniformidad en el perfil de ellos, puesto que los itinerarios previos y posteriores son muy variados. Carlos Pellegrini y José Antonio Terry cursaron sus estudios en el Colegio Nacional de Buenos Aires y obtuvieron su doctorado en Jurisprudencia en 1869.

Estanislao Zeballos, en forma similar, transitó por las aulas del Nacional Buenos Aires y de la Facultad de Derecho, graduándose en 1874. Nacido en Rosario, a los doce

¹⁹ Rafael Arrieta, “El fundador de *La Prensa*” en *Anales del Instituto Popular de Conferencias...*, *Op. cit.*, p. 15.

años de edad consiguió, por mediación de Nicasio Oroño, una beca para proseguir sus estudios en la ciudad porteña.

No fue el único del interior que continuó sus estudios en esta ciudad, otros integrantes del staff realizaron sus estudios medios en reconocidos colegios del interior, previamente al traslado a la capital porteña. Así, Adolfo Dávila transitó las aulas del Colegio de Monserrat de Córdoba, e inició la carrera de abogacía en la Universidad de San Carlos; Delfín Gallo se bachilleró en el Colegio Nacional de Tucumán y Onésimo Leguizamón en el Colegio Nacional de Uruguay, doctorándose los tres en Jurisprudencia en la Universidad de Buenos Aires.²⁰

Debemos señalar que, a pesar de la misma pertenencia institucional, esto no designaba tampoco que todos los lazos referenciales, que luego condujeron a la labor del diario, se gestaron en la universidad, puesto que no todos concurren en el mismo período.

Por otra parte, la preeminencia de abogados en el plantel de *La Prensa*, señalaba como la actividad periodística se combinaba con los estudios superiores, sumadas a otras actividades públicas, como parte de una trayectoria común en las carreras políticas. En este sentido, tanto el tránsito por la universidad como por la redacción de una publicación periódica, formaba parte de las estrategias desplegadas para insertarse y ascender en la administración pública, aspecto que retomaremos más adelante.

Asimismo, en los espacios que se hallaban por fuera del sistema educativo José C. Paz también estableció los lazos que determinaron sus relaciones con aquellos que luego serían integrantes de su proyecto. La apertura política y cultural que vivió Buenos Aires a partir de 1852 se registró principalmente en un notable incremento de la vida asociativa, una actitud altamente valorada como promotora de los valores republicanos y nido de prácticas solidarias.²¹ La “Asociación Protectora de Inválidos”, se presentaba como un claro ejemplo de este tipo de asociaciones que nucleaba a un grupo de personas detrás de un fin específico, en este caso la asistencia a los lisiados de la Guerra del Paraguay. Fue en esta asociación, donde se estrecharon las conexiones brindadas previamente por la Facultad de Derecho, ya que dos de sus integrantes, José Antonio Terry y Cosme Mariño, se integraron a *La Prensa* desde su fundación.²²

²⁰ Ver Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico argentino...*, Op. cit. y Enrique Udaondo, *Diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Coni, 1938.

²¹ Hilda Sabato, *La Política en las calles. Entre el voto y la movilización...*, Op. cit., pp. 63-80.

²² Ver *El Inválido Argentino*, “Al pueblo argentino”, 1 de enero de 1867 y Rafael Arrieta, “El fundador de *La Prensa*” en *Anales del Instituto Popular de Conferencias...*, Op. cit., p. 11.

La asociación intelectual “Círculo Literario,” a la cual fue invitado José C. Paz a participar en 1864, se revelaba como un espacio clave en la formación de lazos que luego se reflejaban en la actividad periodística. Esta asociación, fundada por José Manuel Estrada y Lucio V. Mansilla, contaba entre sus integrantes una variada lista de hombres que recién se estaban iniciando o ya eran conocidos en el mundo político, intelectual y/o literario como Valentín Alsina, Eduardo Wilde, Carlos Tejedor, José Mármol, Vicente G. Quesada, Dardo Rocha, Luis Sáenz Peña, Carlos Guido Spano, Dominguito Sarmiento, Estanislao del Campo y Pastor Obligado, entre otros.²³ Varios de ellos colaboraron en 1867 en *El Inválido Argentino* y el taller tipográfico “Buenos Aires” de Estanislao del Campo, fue donde se imprimieron tanto este semanario como más tarde *La Prensa*.

Las filiaciones políticas constituyeron otro de los nexos entre los hombres de prensa. En este sentido, Carlos Pellegrini, Delfín Gallo y José C. Paz eran miembros activos del partido autonomista desde inicios de la década de 1860 y a partir de 1870, comenzaron a ocupar cargos en las comisiones directivas: Gallo y Paz como secretarios y Pellegrini se desempeñó en el cargo de presidente en 1879.²⁴

Como se puede observar, durante los años previos a la fundación de su diario, José C. Paz transitó por los ámbitos de sociabilidad, educativos, políticos y culturales, propios de la segunda mitad de siglo, que le permitieron formar lazos con quienes compartían ideas e intereses políticos y culturales en común y que luego se sumarían al proyecto periodístico que buscaba impulsar.

A estos espacios se sumaron los nexos informales, así, la amistad de los padres de Estanislao Zeballos con la familia de Paz, promovió su ingreso como noticiero en 1870 cuando a los dieciséis años le fue retirado el subsidio que recibía del gobierno de Santa Fe por sus declaradas preferencias políticas.²⁵

²³ Sobre los espacios de sociabilidad intelectual ver Paula Bruno, “La vida letrada porteña entre 1860 y el fin de siglo. Coordenadas para un mapa de la elite intelectual”, en *Anuario IEHS*, núm. 24, 2010. Sobre los integrantes de la asociación “Círculo Literario” ver “Círculo Literario”, en *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, Tomo V, 1864, pp. 291-292.

²⁴ Ver *Club del Progreso. Datos históricos sobre su origen y desenvolvimiento*, Buenos Aires, 1 de mayo de 1902 y *Club del Progreso 78º Aniversario*, Buenos Aires, 1930.

²⁵ *La Prensa*, “El doctor Luis Sanz habló de la conexión de Estanislao Zeballos con *La Prensa*”, 12 de mayo de 1980.

III. b. Trayectorias políticas, intelectuales y periodísticas

En *José Hernández y sus mundos*, Halperin Donghi afirmaba que el periodista podía desarrollar una acción política lícita que desde otras esferas estaría vedada y, a partir de ella, acumular el prestigio necesario para proseguir una carrera política en forma más directa.²⁶ Esta afirmación se cumplió para algunos de los periodistas de *La Prensa*, quienes combinaron una progresiva carrera política con intervenciones en éste y distintos periódicos, como Terry, Pellegrini, Gallo, Leguizamón y el mismo propietario del diario, José C. Paz. Siendo la mayoría estudiantes o jóvenes graduados, al iniciarse en *La Prensa*, durante el transcurso de las décadas siguientes alcanzaron cargos de primera línea en la administración nacional.

En 1870, Pellegrini fue convocado por el presidente Sarmiento para que se desempeñara como Subsecretario de Hacienda en el ministerio del doctor José Gorostiaga. En 1872, dejó este cargo al ser elegido Diputado por la Legislatura de Buenos Aires, al cual renunció en 1873 al ser favorecido con una banca como Diputado Nacional, siendo reelecto por un período completo, en la lista de candidatos liderada por Avellaneda. En las elecciones del 24 de febrero de 1878, fue nuevamente escogido miembro de la Cámara de Diputados por 4 años más. El 9 de octubre de 1879 se lo designó Ministro de Guerra y Marina para reemplazar en ese cargo a Julio A. Roca, quien se había retirado para trabajar en su candidatura a la presidencia. En agosto de 1886, acompañó a Miguel Juárez Celman como vicepresidente y ocupó la presidencia en 1890 al renunciar éste. En toda su trayectoria política no abandonó nunca la intervención en el diarismo porteño. Luego de marcharse de *La Prensa*, colaboró en *El Diario*, *El Nacional* y en *La Tribuna*, hasta que, en 1884, fundó su propio diario, *Sud América*, junto a Delfín Gallo, Paúl Groussac y Lucio V. López y en 1899 creó un nuevo diario, *El País*, el cual dirigió hasta su muerte.²⁷

²⁶ Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos...*, *Op. cit.*, p. 159.

²⁷ Sobre la trayectoria de Carlos Pellegrini ver Cristóbal Zavala, *Carlos Pellegrini. Homenaje al prócer y al Banco de la Nación*, Buenos Aires, 1941; Agustín Rivero Astengo, *Pellegrini, 1846-1906*, Tomo I, Buenos Aires, Imprenta Coni, 1941. Sobre la participación de Pellegrini en Sud-América, ver Tim Duncan, "La prensa política: Sudamérica 1884-1892", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo, *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 172-183 y Paula Alonso, "La Tribuna Nacional y Sud-América: tensiones ideológicas en la construcción de la "Argentina moderna" en la década de 1880", en Paula Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 203-242.

En forma similar, Delfín Gallo también alternó su actividad política con el periodismo, el cual inició en *La Prensa*, para luego colaborar en *El Nacional*; *El Orden* y en 1884 redactó la sección de interés general en *Sud América*. La labor periodística se intercaló con su desempeño como Diputado Nacional durante dos periodos, entre 1872 y 1874 y 1884 y 1888. Durante la presidencia de Avellaneda se desempeñó como secretario del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y también se hizo cargo de la Dirección del Ferrocarril Oeste y del Pacífico. Su temprano fallecimiento, cuando contaba con 44 años, truncó una ascendiente trayectoria, dejando un vacío en el campo de las ciencias y las letras, afirmaba Bernardo de Irigoyen en su biografía sobre Gallo, en la cual sostenía que “el arte de escribir es muy grande: exige trabajos, estudios, paciencia invencible y asiduidad maravillosa. Gallo tuvo todas esas cualidades, y sus escritos claros, concisos y doctrinarios, ilustraron la razón de sus lectores.”²⁸

El itinerario de Onésimo Leguizamón también se hallaba bajo el estigma de una muerte prematura, a los 46 años, que cercenó una carrera con serias perspectivas presidenciales. A diferencia del resto de los integrantes de *La Prensa*, que se estaban iniciando en la vida pública, ya tenía una extensa participación en los ámbitos políticos y académicos. En 1858 obtuvo una beca que el gobernador Justo José Urquiza entregaba a alumnos destacados, por medio de la cual viajó a Europa para continuar sus estudios en carácter de adjunto de la misión diplomática del Doctor Campillo en el Vaticano. Al regresar al país en 1862 se doctoró en Jurisprudencia. Al año siguiente fue nombrado Ministro de Educación de Entre Ríos, y diputado de la legislatura provincial entre 1864 y 1868. Paralelamente enseñó filosofía en el Colegio de Concepción del Uruguay, desde 1865 a 1870. Durante la década de 1860, además, incursionó en el periodismo, siendo redactor de *El Uruguay* entre 1862 y 1864.

En 1870, tras el asesinato de Urquiza, se opuso a la candidatura de Ricardo López Jordán por lo cual debió exiliarse en Buenos Aires. Fue en este momento cuando, tras una destacada actuación en su provincia, se integró, al recién surgido diario porteño.²⁹

Durante tres años se desempeñó como redactor de *La Prensa*, puesto que abandonó al ser elegido diputado nacional por la provincia de Entre Ríos. El presidente Nicolás Avellaneda lo designó Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, cargo

²⁸ Bernardo de Irigoyen, *Delfín Gallo. Apuntes biográficos*, Buenos Aires, Imprenta de Juan Alsina, 1890.

²⁹ Ver Jorge Vanossi, “Dos exponentes del ideario liberal en la Generación del 80”, en *Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, Buenos Aires, junio de 2007, pp. 5-13

desde el cual realizó su tarea más reconocida: reorganizó las escuelas normales; reformó el plan de estudios de los colegios nacionales; instituyó la Comisión Nacional de Escuelas y reglamentó el funcionamiento de las escuelas de agronomía; asimismo inició un plan general para la educación común, sugiriendo la división de grados, la instrucción obligatoria y la secularización de la enseñanza.³⁰

A su vez, tuvo una competencia ejemplar en su actividad como jurista. Estuvo a cargo de la cátedra de Derecho Internacional en la Universidad de Buenos Aires, desde 1872 a 1874 y publicó reconocidas obras en la rama del derecho como *Instituto del Código Civil Argentino* y *Las leyes de la guerra internacional*. En 1877 accedió al cargo de Juez de la Suprema Corte de la Nación, al cual dimitió en 1882. En los últimos años de su vida volvió a incursionar en el periodismo en 1884 cuando fundó *La Razón*, diario que dirigió hasta su sorpresiva muerte en 1886, en plena campaña para ser elegido gobernador de Entre Ríos.³¹

Un recorrido diferente fue llevado adelante por José Antonio Terry, quien concentró la actividad periodística al inicio de su actividad pública. Dejó tempranamente de colaborar en *La Prensa* y se integró como redactor de *La Discusión*, periódico que había comenzado a circular en diciembre de 1869 bajo la dirección de Francisco López Torres. Se trasladó luego a *La Unión* y se desempeñó como redactor junto a Bonifacio Lastra, hasta que en 1871 fue elegido Diputado por la provincia de Buenos Aires, de allí en más, no volvió a intervenir en el periodismo. En 1878, fue nombrado Diputado del Congreso Nacional y en 1880 Senador por la Legislatura Porteña. Se inició como profesor suplente en la cátedra de Finanzas en la Facultad de Derecho de Buenos Aires en 1893, año en que Luis Sáenz Peña lo designó Ministro de Hacienda. Durante la segunda presidencia de Roca fue nombrado Ministro Plenipotenciario y viajó a Chile en 1902 para tramitar con este país la cuestión de límites en la cordillera. Su exitosa actuación le permitió ocupar el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. En 1904, bajo la presidencia de Manuel Quintana, volvió a desempeñarse como Ministro de Hacienda.³²

La intervención en el ámbito del periodismo, como podemos observar, tanto de estos redactores, directores o fundadores, se desenvolvió al compás de la carrera

³⁰ Jorge Vanossi, “Dos exponentes del ideario liberal en la Generación del 80”, en *Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas*, *Op. cit.*, p. 8

³¹ Ídem, pp. 5-7.

³² Ver Carlos Saavedra Lamas, “José A. Terry, el diplomático- el financista”, en *Anales de La Academia de Ciencias Económicas*, vol. IV, Buenos Aires, 1946, pp. 261-292 y “Homenaje a José A. Terry”, en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, tomo I, enero de 1898, pp. 135-138

política, pero no se instituyó en su actividad central. Incluso José C. Paz priorizó las funciones políticas y, por este motivo, no dudó en cerrar su diario en 1874 para sumarse a la revolución mitrista. Tras su derrota permaneció en Montevideo hasta 1876 y dejó a cargo de su diario a Estanislao Zeballos y Adolfo Dávila, cuando comenzó a circular nuevamente en febrero de 1875. A pesar del revés por su actuación en la Revolución de 1874, su carrera política creció en prestigio en forma paralela a su diario y, en 1879, fue elegido diputado nacional. Sin embargo, dejó el país y a *La Prensa* en dos oportunidades más, para cumplir funciones diplomáticas en Madrid, desde 1883 hasta 1885, y en Montecarlo a principios de siglo XX, en donde falleció en 1912.³³

La contraparte de estos recorridos está representada por la figura de Adolfo Dávila. Su ingreso al diario quedó marcado por una coyuntura política y, a partir de este momento, no dejó su labor en *La Prensa*. En 1874, comprometido con las posturas mitristas, se encontraba integrando el batallón conducido por Paz y tras la derrota en el combate de Santa Rosa, acompañó a éste y a Estanislao Zeballos a Montevideo.³⁴ Desde allí, cuando Nicolás Avellaneda permitió la reapertura del periódico, Dávila fue nombrado redactor en jefe. A partir de 1879 ocupó la dirección hasta 1890, al asumir en esta función Ezequiel Paz. No obstante, no abandonó el diario, sino que retornó al cargo de redactor en jefe hasta que falleció en 1918.³⁵

Durante todo ese período, desarrolló conjuntamente su carrera política: tres veces diputado nacional por la provincia de La Rioja, (1878-1882, 1882-1886, 1900-1904), y Senador por la misma provincia desde 1912 a 1916. A diferencia de los otros perfiles que analizamos, Dávila priorizó su función en el diario, declinando los cargos de Ministro del Interior y de Hacienda ofrecidos por Victorino de la Plaza, debido que la aceptación de los mismos le hubieran restado el tiempo que demandaba su función en *La Prensa*.³⁶ Arturo Capdevila en un artículo conmemorativo por los 50 años del diario expresó:

³³ Sobre la trayectoria periodística y política de José C. Paz ver Eizaguirre José Manuel, *¿Dónde está el pueblo?*, Buenos Aires, Rosso, 1929 y Francisco Javier Ruiz de Luque, *Un argentino ilustre. José C. Paz*, Buenos Aires, Aguamarina, 1942.

³⁴ Una descripción minuciosa sobre los participantes del enfrentamiento entre Mitre y Avellaneda se encuentra en Félix Armesto, *Alsiniistas y Mitristas*, Buenos Aires, Alsina editor, 1914. Sobre aspectos generales de la revolución de 1874 ver Miguel Ángel Scena, "Mitre contra Avellaneda" en *Todo es Historia*, núm. 167, abril de 1981, pp. 35-46

³⁵ Ver *La Prensa*, "Edición especial 50º Aniversario", 18 de octubre de 1919; "Edición especial 100º Aniversario", 18 de octubre de 1969 y "El doctor Luis Sanz habló de la conexión de Estanislao Zeballos con *La Prensa*", art. cit.

³⁶ Ver Joaquín V. González, *Obras Completas*, Vol. XXII, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1936, pp. 527-535;

“...en vida fueron los doctores Paz y Dávila para la acción directiva en esta casa, dos hombres de distinto temperamento fundidos en el mismo crisol, desde que se conocieron disintieron a menudo en cuestiones de forma, pero nunca en principios, en doctrinas, en anhelos. Materialmente ausente del país, o presente, el doctor Paz estaba siempre presente en *La Prensa*, pues lejos o cerca, inspiró, vigiló, redactó, aportó su aplauso o crítica...”³⁷

José C. Paz y Adolfo Dávila se instituyeron en las figuras que sentaron las bases y le otorgaron un perfil propio al diario. A ellos se sumó Estanislao Zeballos, quien transitó por todas las funciones: noticiero, cronista, redactor, director y cuando, a partir de 1880, decidió centrarse en su carrera política, no se alejó de *La Prensa*, mantuvo sus vínculos como colaborador y en su *Revista de Derecho, Historia y Literatura* se publicaban, en cada tomo, transcripciones de los artículos del diario, considerados sumamente relevantes para el enriquecimiento cultural.³⁸

La trayectoria de Estanislao Zeballos ha sido una de las más prolíferas y descollantes de la época. A los 16 años fundó *El Colegial*, un diario estudiantil donde expresaba anécdotas de la vida de los estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires y se publicaban contribuciones literarias de los alumnos. Asimismo, fue integrante de “Estímulo Literario”, una asociación estudiantil que tenía por objetivo infundir el desarrollo de las letras en los jóvenes.³⁹ En 1871, organizó, junto a Francisco y José María Ramos Mejía y otros estudiantes, el movimiento “13 de diciembre”, uno de los principales promotores de la reforma universitaria de 1874.⁴⁰

Con sólo veinte años, en 1874, obtuvo el título de Doctor en Jurisprudencia por la Universidad de Buenos Aires. En el mismo año creó *Anales Científicos Argentinos*, acompañado nuevamente por Francisco y José María Ramos Mejía, de los que se publicaron sólo 5 números entre mayo y septiembre de 1874. Frente a una sociedad que carecía prácticamente de tradición científica, excepto casos aislados de revistas y periódicos dedicados a difundir y comentar la ciencia y técnica, esta publicación

³⁷ Ver *La Prensa*, “Edición Especial 50º Aniversario”, art. cit.

³⁸ Ver *La Prensa*, “Edición especial 50º Aniversario”, art. cit.; “Edición especial 100º Aniversario”, art. cit. y “El doctor Luis Sanz habló de la conexión de Estanislao Zeballos con *La Prensa*”, art. cit.

³⁹ Sobre la participación de Zeballos en “Estímulo Literario” ver “Acción de los estudiantes durante la fiebre amarilla de 1871”, en *Revista de Derecho, Historia y Literatura*, Tomo 71, marzo de 1922, pp. 401-408. Para un análisis general de la asociación ver Lidia Lewkowicz, “La Sociedad Estímulo Literario”, en Raúl Castagnino, *Sociedades Literarias Argentinas (1864-1900)*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1965, pp. 19-45.

⁴⁰ Los otros integrantes eran Lucio Vicente López, Juan Carlos Belgrano, José María Cantilo, Francisco B. Pico, Ismael Bengolea, Juan D. Fonseca. Sobre la constitución del movimiento “13 de diciembre” ver Tulio Ortiz y Luciana Scotti, “Las reformas antes de la reforma. Primeros movimientos estudiantiles en la Universidad de Buenos Aires”, en *Revista Electrónica del Instituto de Investigaciones Ambrosio L. Gioja*, núm. 3, primavera 2008, pp. 1-15.

pretendía despertar el interés en la ciencia y la técnica y atraer al público en general hacia esas disciplinas. En diciembre de 1875, Zeballos reanudó estos objetivos con una publicación similar, los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, revista cuyo primer número apareció el 13 de enero de 1876 y se continúa publicando en la actualidad.⁴¹ A fines de siglo, puso en marcha otra publicación, *La Revista de Derecho, Literatura e Historia*, la cual ha sido considerada una de las empresas editoriales más destacadas del período, junto a revistas como *La Revista de Buenos Aires*, *Revista Argentina*, *Nueva Revista de Buenos Aires* y *La Biblioteca*.⁴²

Asimismo, la edición de revistas científicas estuvo acompañada por un temprano interés por la literatura, publicando una serie de novelas que combinaban su fascinación literaria con la geografía argentina: *Episodios en los territorios del sur* (1879); *Descripción amena de la República Argentina* (1881); *Viaje a la región del trigo* (1883); *Calvulcurá o la dinastía de los piedra* (1884); *Painé y la dinastía de los zorros* (1886); *Relmú, reina de los pinares* (1888). A su vez, todas estas obras poseían una acentuada implicación política. Generadas en una etapa de expansión de la frontera sur argentina, buscaron sensibilizar la opinión pública en los inicios de los preparativos relacionados con la Expedición al Desierto de 1879 y los sucesos posteriores como la ocupación de los territorios de Neuquén y la persecución de los últimos grandes caciques.⁴³

Paralelamente a su fructífera carrera en el ámbito de las letras, Zeballos llevó a cabo una notoria intervención en la administración pública. En 1880 se incorporó al Congreso como Diputado Nacional y en 1884 presidió la Cámara de Diputados de La Nación, cargo que desempeñó hasta 1889, año en que fue nombrado Ministro de Relaciones Públicas. En el espacio de la educación también tuvo una actuación

⁴¹ La publicación se caracterizó por la presentación de numerosos trabajos y monografías técnicas y científicas que mostraban un particular interés para estudiar las características naturales del país, su ambiente vegetal y animal, el suelo y el subsuelo, y el clima de sus diversas regiones. Así también fueron frecuentes los estudios relacionados con la necesidad de ejecución de obras públicas tales como la construcción de ferrocarriles, puertos y vías fluviales, inquietudes que se vinculaban con la expansión económica que tenía su principal causa en el constante incremento de la producción agrícola y su exportación. Sobre *Los Anales de La Sociedad Científica Argentina* ver Mercedes Aleman, *Índice Temático de los Anales de la Sociedad Científica Argentina: 1875 a 1981*, Buenos Aires, Sociedad Científica Argentina, 1983 y Juan Carlos Nicolau, *Historia de la SCA en el siglo XIX (1872-1900)*, versión online: http://www.científica.org.ar/institucional_historia.html

⁴² Ver Paula Bruno, “La vida letrada porteña entre 1860 y el fin de siglo,” en *Anuario IEHS*, art. cit., pp. 14-20

⁴³ Ver Fermín Rodríguez, “Estanislao S. Zeballos: Un desierto para la nación”, en *Hipótesis y discusiones/19*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2000 y Juan Guillermo Durán, “Estudio Preliminar”, en *Estanislao S. Zeballos, Episodios en los territorios del Sur*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2004, pp. 15-131.

destacada como profesor titular de la cátedra de Derecho Internacional Privado desde 1902, por lo cual fue invitado a dictar clases y conferencias en universidades estadounidenses y europeas.⁴⁴

La contracara de los personajes que hasta aquí hemos analizado, está representada por Cosme Mariño. Figura sumamente identificada con José C. Paz y *La Prensa*, fue el primero en ser convocado por su fundador para que se integrara a su nuevo proyecto. El propio Mariño relató que Paz le pidió que se sumara como director del impreso sabiendo que contaba con un colaborador bien intencionado. Se mantuvo en su cargo hasta 1872 cuando se retiró para continuar sus estudios:

“Retirado yo de la redacción de *La Prensa* y llevado por otras orientaciones diferentes, he seguido de cerca durante los cincuenta años transcurridos, la evolución y las glorias adquiridas por este diario, y durante mi vida humilde y sin brillo, aunque modesto factor y copartícipe de él, he gozado también de sus triunfos, adjudicándome la hojita de laurel más pequeña otorgado por mis conciudadanos a los esforzados campeones que lo han colocado más tarde entre las publicaciones mundiales de mayor popularidad”.⁴⁵

A diferencia de Terry, Leguizamón, Gallo y Pellegrini, que también se apartaron tempranamente del diario, la participación en el impreso se presentaba como el único logro trascendente de Mariño. Sus cargos en la administración pública no fueron significativos: en 1872 actuó como Juez de Paz de la Capital y desde 1895 a 1904 ocupó el cargo de Jefe de la Oficina Jurídica de Préstamos, en el cual se jubiló.

La mayor parte de su vida se dedicó a la promoción de teorías espiritistas, participando de la asociación “Constancia”, fundada en 1877 y la cual presidió a partir de 1882, publicando varios libros que buscaban sostener esas teorías: *El espiritismo al alcance de todos*; *Instantáneas*; *Pruebas concluyentes de la existencia del alma*; *Lo ideal en lo real*; *Manifiesto de la Confederación Espiritista Argentina*; *Bases para la formación de un partido democrático liberal* (este libro contiene una serie de conferencias y disertaciones sobre el Concepto Espiritista del Socialismo).

Tal cual como Mariño caracterizó su propia trayectoria, ésta no se desarrolló entre altos puestos de la administración, ni académicos, ni en renombrados producciones literarias o periodísticas como los otros integrantes de *La Prensa*. A pesar

⁴⁴Ver Carlos Vico, “La personalidad del Doctor Zeballos”, en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Tomo IX, Buenos Aires, 1925, pp. 481-483 y Leopoldo Melo, “Zeballos en la enseñanza universitaria del derecho internacional”, en *Anales del Instituto Popular de Conferencias*, Tomo XXV, Buenos Aires, 1939, pp. 15-37.

⁴⁵ Cosme Mariño, “El primer número de *La Prensa*”, en *La Prensa*, 18 de octubre de 1919.

de ello, su persona ha sido recordada como figura primordial en las ediciones aniversario, dando cuenta cómo el impreso construyó su propia historia, nombrando y excluyendo los referentes que participaron en la misma.

IV. Los hombres de *La Prensa* y los hombres de prensa

Si bien durante el siglo XIX una gran cantidad de emprendimientos editoriales se desarrollaron en forma unipersonal o bajo una marcada impronta de una única figura destacada del ambiente político o intelectual, la reconstrucción del staff de *La Prensa* que hemos realizado en estas páginas nos permite ampliar la perspectiva respecto del mundo periodístico.

En este sentido, durante la década analizada, se observaba la existencia de una diferenciación de tareas, sin que esto señalara un trayecto jerarquizado y obligatorio en esta labor, como, por ejemplo los casos de Onésimo Leguizamón y de Adolfo Dávila que se iniciaron en el diario directamente como redactores en jefe o, por el contrario, el de Zeballos que recorrió todos los escalones en la actividad periodística hasta convertirse en director.

Asimismo, los hombres que se incorporaron en los inicios de *La Prensa*, no eran notables o figuras destacadas del período que participaban de un diario, sino que su pasaje por el mismo, sumado a sus otras actividades, les permitió alcanzar esta denominación. El panorama trazado para los hombres de *La Prensa* señala distintos patrones de conducta de las figuras que se involucraron en la tarea periodística. Varias de las características señaladas para los miembros de su staff, fueron compartidas por las trayectorias de los hombres de prensa en general. En este sentido, Estanislao Zeballos y José C. Paz transitaban en forma intercalada el éxito político y periodístico como Bartolomé Mitre. A su vez, Zeballos publicó sus primeros trabajos literarios en el diario al que ingresó con un puesto de bajo rango y continuó incursionando en la literatura a la vez que cumplía sus funciones diplomáticas en una trayectoria con varias similitudes a la de Martín García Meróu. Incluso Henry Stein y Adolfo Dávila desarrollaron puntos de contacto, privilegiando su labor periodística frente a otras actividades en las que contaban con habilidades y recursos para haberse destacado.

Nuevamente, la diversidad de itinerarios como los puntos en común de ellos, resultan una parte inherente de la complejidad del mundo periodístico en el cual estas personalidades participaron. La figura del hombre de prensa en general abarcaba una

multiplicidad de trayectorias que fue posible en un período en el cual no había reglas establecidas que determinaran los alcances de la participación en el mismo. Aún así, se desarrollaron ciertos puntos de contacto que evidenciaban los canales de ingreso a un diario, cómo los ámbitos de sociabilidad o los lazos familiares o de amistad, y las distintas posibilidades que generaba esta actividad, tanto en el ámbito político, periodístico o literario. Sin embargo, la actividad periodística no aseguraba, por sí misma, el éxito o el fracaso en los objetivos perseguidos en su inserción en este espacio.

Por otra parte, en las últimas décadas del siglo XIX comenzó a generarse una diferenciación de roles en torno a la producción periodística y la figura de los hombres de prensa no estaba constituida sólo por los redactores o directores, sino que comenzaron a perfilarse funciones especializadas como la de los corresponsales o el repórter. En este sentido, si bien el panorama del staff aquí presentado se distanciaba de la concentración de roles en una única figura, éste aún distaba de la imaginada por Navarro Viola a finales de siglo, en la cual “el director, que no escribe, sino que lee y corrige lo que otros hacen, y unos pocos repórters, que redactan febrilmente las últimas noticias transmitidas por el telégrafo o el teléfono; mientras el numeroso personal de redacción, reclutado en todas las clases sociales, compuesto de hombres y mujeres, recorre las calles, se introduce en las oficinas públicas o en las casas de las notabilidades del día, a la pesca de informaciones.”⁴⁶

⁴⁶ Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa Argentina...*, *Op. cit.*, p. 12.